



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El futuro de la cultura euronorteamericana en un mundo global

Autor: Nelson, J. Robert

Forma sugerida de citar: Nelson, J. R. (1998). El futuro de la cultura euronorteamericana en un mundo global. *Cuadernos Americanos*, 1(67), 50-56.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 67, (enero-febrero de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL FUTURO DE LA CULTURA EURONORTEAMERICANA EN UN MUNDO GLOBAL

Por *J. Robert NELSON*
VICEPRESIDENTE, SOCIEDAD
EUROPEA DE CULTURA

EN ESTA ÉPOCA de medios masivos y comunicación instantánea algunas personas emergen de la oscuridad hacia el reconocimiento y el aplauso público. El reconocimiento puede ser debido tanto a la infamia como al escándalo, mientras el aplauso es debido únicamente a logros excepcionales. Y a menudo hay una calidad de habilidad física y de carácter que hace a la persona convertirse en símbolo de algún avance significativo de la sociedad humana en conjunto.

Es por esto que un joven con un mazo de golf en su mano y una bella sonrisa en su rostro de repente se hace omnipresente en la televisión y en las tapas de revistas. Éste es el prodigio llamado Tiger Woods. Es para el golf, dicen algunos, lo que Mozart para la música. Juega golf de manera que nosotros, golfistas ordinarios, sólo podemos jugar en la fantasía de los sueños. Es esta habilidad, desarrollada durante el increíble decimonoveno de sus veintiún años de vida lo que asombra a todos.

Pero hay un aspecto sociológico igualmente asombroso de esta celebridad. Es un hombre que (para usar un término inofensivo) puede ser llamado "persona de color" en un deporte profesional controlado casi exclusivamente por hombres blancos con riquezas y privilegios. Hace sólo veintiún años, cuando nació, difícilmente un torneo mayor de golf estaba abierto a jugadores no blancos en los Estados Unidos. Entretanto, deportes como el fútbol, el boxeo y el basquet llegaron a ser dominados por atletas negros, que también constituyen una amplia proporción de campeones en carreras de velocidad o béisbol. Por cierto, algunos de estos atletas negros, también conocidos crecientemente como *afroamericanos*, han contribuido en muchas maneras a disminuir la discriminación racial en

los Estados Unidos. De manera similar, en años recientes, muchas barreras raciales en política, música profesional, drama y cine han estado cayendo. Pero Tiger Woods simboliza aún más que el éxito de un hombre negro en un medio blanco. Su propia genealogía ilustra el advenimiento de un nuevo tipo de estadounidense. Su madre nació de padres thai en Tailandia. Su padre es evidentemente negro. Entre los antecesores de su familia hay algunos chinos e indios americanos, así como blancos. Woods quiere ser identificado no sólo por sus antepasados negros, de los cuales está orgulloso, sino por los genes de todos estos distintos ancestros. Puede profetizarse con evidencia demográfica que Tiger Woods personifica el típico estadounidense del siglo XXI. Esto puede ser aberrante y terrorífico para muchos estadounidenses blancos que alientan la creencia en la supremacía blanca. En su visión prejuiciada miran a la mayoría de los negros como moral e intelectualmente inferiores. Pero Tiger Woods refuta esta noción mostrándose un joven de gran inteligencia, carácter moral, modestia y personalidad agradable. Debemos esperar que las tentaciones de la temprana fama y súbita riqueza no tengan malos efectos sobre su carácter, ni disminuyan la virtual perfección de sus habilidades en el golf.

Este modelo de un estadounidense del siglo XXI contradice la imagen tradicional, aceptada, de las diversidades de población del país. De acuerdo con este concepto tradicional, los Estados Unidos han estado orgullosos de su diversidad étnica y cultural pero aún se definen principalmente por sus vínculos históricos con Gran Bretaña y el continente europeo. La Declaración de Independencia del dominio colonial inglés en 1776 no significó un repudio del idioma, literatura, costumbres jurídicas y cultura general ingleses. Mientras los modelos ingleses siguieron prevaleciendo, fue dado un amplio espacio a los inmigrantes de otros países y a las tradiciones culturales que trajeron consigo. Se otorgó preferencia a personas de Europa del norte y del este, con excepción de los irlandeses. Después de su llegada masiva de fines del siglo XIX, los refugiados irlandeses de la famosa hambre de papas fueron sometidos a un tratamiento hostil por dos generaciones. Aunque se dio la bienvenida a cuotas selectas de Europa oriental y meridional, éstas tuvieron que bregar para aprender inglés, trabajar largas horas en trabajos manuales o serviles, y criar a hijos que pudieran ser asimilados en un nuevo tipo de vida educacional, social y cultural.

El ideal de los ciudadanos estadounidenses antes del año 1940 fue resumido en el lema de la nación, *e pluribus unum*. Convertirse

en un pueblo a partir de muchos componentes étnicos y nacionales fue el objetivo formal; pero el *unum* formal fue generalmente entendido para adaptarse a la norma anglosajona. De forma parecida, la imagen convencional del gran *melting pot* estadounidense no fue presentada con honestidad y sinceridad. Esta metáfora es la imagen de todos los metales que son fundidos en una aleación o amalgama. Pero muchos usaron la expresión con la reserva mental de que el oro fundido de la cultura anglosajona y continental no se combinaría realmente con los bajos metales de otros países.

En el año 1910 la proporción de inmigrantes de países extranjeros fue el más alto en la historia estadounidense. Una de cada siete personas había nacido en otro país. En 1996 esta proporción ha caído a uno sobre diez. Pero la diferencia es muy importante. En 1910 casi todos los inmigrantes eran europeos con piel blanca. En 1996 son sobre todo de México, Cuba, Filipinas, China e India. Y las cifras del Medio Oriente, Etiopía y Nigeria siguen subiendo. Por supuesto, la población afroamericana, más de 20%, no es contada como extranjera. Sus ancestros llegaron forzados a los Estados Unidos, como esclavos. Conocemos la vergonzosa historia de la esclavitud negra tanto como la continuación, después de la Guerra Civil, de la negación de derechos civiles y aceptación social. Es una herida cancerosa en los Estados Unidos que aún no se ha curado.

La situación actual de los afroamericanos es ambivalente. Presenta signos tanto optimistas como pesimistas. Por un lado están los avances hacia la eliminación de la separación entre blancos y negros. El Movimiento de los Derechos Civiles de los años sesenta, encabezado por Martin Luther King, abrió muchas puertas al voto, empleo, educación profesional, actividad política y oportunidades en los deportes, entretenimientos y artes. Ya no se considera una noticia extraordinaria cuando personas negras, hombres y mujeres, son electas para el Congreso o para los puestos de alcaldes en las grandes ciudades. La discriminación racial en la educación y el empleo es generalmente impedida por las leyes. Efectivamente, por veinticinco años hubo programas legales conocidos como "affirmative action" y "equal opportunity". Éstos protegieron a las personas negras y a otras minorías de la discriminación en los lugares de trabajo, escuelas y universidades. Incluso afirman muchos que tal protección y hasta preferencia por personas negras ya no es deseable. California y Arizona votaron recientemente para eliminar las leyes antidiscriminatorias; pero hay mucho debate sobre la legitimidad y eficacia de tales políticas públicas.

Hay también razones para el pesimismo sobre el *status* de los afroamericanos hoy. La mayoría de ellos no han experimentado aquella expresión de verdadera democracia en la Declaración de Independencia según la cual “todos los hombres son creados iguales”, y por lo tanto deben gozar de iguales derechos y oportunidades. La meta de Martin Luther King para el Movimiento de los Derechos Civiles era una sociedad humana sin segregación racial. Como dirigente cristiano, enarboló la canción “We shall overcome”, esto es, venceremos las actitudes divisorias y las estructuras políticas y de opresión. Pero muchos negros hoy día están desilusionados con el fracaso de la nación en realizar los ideales de King. En cambio, piensan que deben aceptar el hecho bruto de una segregación continua a pesar de las leyes que pretenden impedirla. Esto significaría, en efecto, unos Estados Unidos con tres grandes segmentos: primero, los blancos de origen europeo; segundo, los negros de origen africano; y tercero todos los otros, de origen asiático, mexicano o mediorientista. Confirmaría la derrota de la democracia liberal, que ha definido el destino de los Estados Unidos por doscientos treinta y un años.

Hoy en los Estados Unidos trabajan las dos fuerzas opuestas de la segregación y de la integración de las razas. Actualmente, podemos juzgar que la integración es la meta más fuerte; pero está siendo sometida a ataques de parte de quienes marchan bajo la bandera del “multiculturalismo”. Esta palabra popular puede tener dos significados. Para algunos significa una apreciación positiva de todas las grandes y exóticas culturas del mundo que están claramente expresadas en los Estados Unidos hoy. Pero esto es bajo el entendido que la mezcla de culturas europeas siga siendo predominante. Las muchas tradiciones de Europa, entonces, son más que *primus inter pares*. Siguen siendo tanto definitivas como normativas.

Un segundo significado del “multiculturalismo” rechaza la primacía europea. Francamente expresa una ideología de relativismo cultural. O puede incluso ser tan igualitaria en cuanto a todas las culturas, que inevitable y paradójicamente muestra hostilidad hacia Europa.

La primera actitud, que podemos llamar “multiculturalismo benigno”, permite la plena apreciación de muchas variedades culturales llevadas por los inmigrantes del “viejo país”. Por ejemplo, en asuntos de religión los principios de libertad de credo y práctica de todo tipo están protegidos por la Constitución y la Suprema Corte. El hecho que las doctrinas y prácticas de algunas religiones sean

desagradables y objetables para algunos ciudadanos no puede ser motivo para eliminar estos tipos de religión. Por el hecho de que la religión envuelve tantos aspectos de la cultura, las disputas teológicas y los casos en la corte son seguidos con fervor y emoción. Pero la apreciada doctrina constitucional de la "separación de la Iglesia y el Estado" excluye injerencia del Estado en los asuntos religiosos. Los conceptos de religión están obviamente entretreídos en la trama de la vida civil de los Estados Unidos. La misma idea de libertad de conciencia es fundamental para el *ethos* estadounidense; nos han llegado protestantes de las Iglesias libres de Gran Bretaña y de los cristianos no conformistas del continente. Los emigrantes llegaron de países donde las Iglesias de Estado establecidas y las *Volkskirchen* tenían el control. Se les pedía, cuando entraban a los Estados Unidos como ciudadanos, abandonar la idea misma de favoritismo eclesiástico o del establecimiento de una sola Iglesia. De manera parecida, las mucho menores comunidades de judíos, que a menudo escapaban de la persecución en Europa, gozaron de una nueva libertad para desarrollarse, a pesar del recurrente antisemitismo de muchos cristianos.

La práctica de la libertad religiosa en años muy recientes ha sido disfrutada también por nuevos tipos de devotos. Budistas e hindúes de varias escuelas asiáticas están gozando de creciente popularidad, a menudo con motivo de experiencias exóticas, no occidentales, pero también por una seria búsqueda de la verdad. Las congregaciones musulmanas se han expandido súbitamente, no sólo debido a la inmigración de países islámicos, sino también a la conversión, especialmente de estadounidenses negros y por las altas tasas de nacimientos de los musulmanes. Ésta entonces, tal como se presenta, es una forma benigna de multiculturalismo. Es paralela a la tolerancia de muchos tipos de compromiso político, teorías sociales y numerosos tipos de gustos y tradiciones culturales.

Para repetir mi tesis, adelanto que hay dos tipos de multiculturalismo que son reconocidos hoy. A uno lo llamo *benigno*, al otro *relativista*. El primero es tolerante y valorador de todas las variedades de cultura pero insiste en que la primacía de la influencia pertenece sin embargo a la civilización de Gran Bretaña y Europa continental. En contraste, el multiculturalismo relativista pone a todas las culturas al mismo nivel. El primero mantiene los valores preminentes del cristianismo y de la democracia liberal y la filosofía de *die Aufklärung*, o Ilustración. El segundo relativiza muchas creencias y opiniones morales, rebajando la herencia moral de los Estados Unidos

y elevando todas y cada una de las normas y tradiciones culturales. Exalta de forma especial las normas y tradiciones que han sido ignoradas o descuidadas. Para alcanzar esta segunda posición sobre el multiculturalismo, se hacen afirmaciones extrañas e incluso falsas sobre logros de los africanos subsaharianos, aztecas, pieles rojas, y sobre los sujetos de discriminación como mujeres y homosexuales.

Como la conformación étnica y cultural de la vida estadounidense cambia rápida e irrevocablemente, del mismo modo lo hace la apreciación crítica de los expertos en ciencias sociales. El profesor Nathan Glazer, de Harvard University, es miembro de la Sociedad Europea de Cultura y muy respetado por su conocimiento crítico y discernimiento. Hace treinta y cinco años era un prominente defensor de la teoría del *melting pot* en la población estadounidense. Entonces creía que el movimiento sin precedentes por los derechos civiles de todos los no blancos iba a superar toda separación racial y social. Sin embargo, hoy ha cambiado su opinión. Su nuevo libro se llama *We are all multiculturalists now*. Sus preferencias han capitulado ante la realidad que ahora percibe. De este modo escribe: "El multiculturalismo es el precio que los Estados Unidos están pagando por su incapacidad o desgano en incorporar a su sociedad a los afroamericanos, del mismo modo y al mismo grado que ha incorporado a muchos grupos" (*The New York Times*).

Una reseñadora del libro de Glazer, Mary Lefkowitz, de Wellesley College, no quiere admitir lo que llamo versión "benigna" del multiculturalismo. Escribe:

La cuestión no es qué multiculturalismo puede ser eliminado o qué nuevos modelos impuestos. La revolución ya pasó, por lo menos en cuanto a la educación se refiere. Quizás las distorsiones en la enseñanza de la historia pueden ser corregidas y el tipo de comprensión tolerante, extendida ahora a pueblos de origen no europeo, va a ser también otorgada a los europeos. Podemos reconocer los logros europeos sin ser eurocéntricos, y no hay razón para imaginar que los europeos han estado implicados en una conspiración para asignarse a sí mismos el crédito que en realidad corresponde a otros (*Wall Street Journal*, 3-IV-97).

En una cita paralela, dos sociólogos, que escriben en el último número de la revista *Daedalus* (de la American Academy of Arts and Science), también son renuentes a aceptar los actuales signos de fragmentación social, o "balcanización", en los Estados Unidos. Escriben: "Blanco o negro, torcido o derecho, mujer u hombre, la

vasta mayoría de los estadounidenses siguen creyendo en las posibilidades de éxito económico y actuando como si el mundo estuviera compuesto de individuos amables, desprejuiciados, que llevan a cabo cooperación familiar y voluntaria'' (primavera de 1997, p. 201).

Aunque estas palabras suenan como el optimismo de Cándido, probablemente también están de acuerdo con las opiniones de la mayoría de los estadounidenses, que no se enrolan en las actuales "guerras de cultura". Para los autores de *Daedalus*, las discusiones corrientes sobre el multiculturalismo no son suficientemente divisorias para compensar o superar los hechos que atestiguan la unidad cultural de los Estados Unidos. Esta unidad comprende mucha diversidad, por supuesto. Las sanas, deseables diversidades han sido importadas de todas partes del mundo por dos medios: primero, por la masiva inmigración de gente en busca de la buena vida en los Estados Unidos, y segundo por el comercio y las comunicaciones globales.

Samuel P. Huntington, otro estudioso de Harvard, originó mucha discusión con su provocativo libro *The clash of civilizations and the remaking of the world order*.¹ Aquí afirma que los lazos entre América y Europa son más fuertes que nunca. Incluso sosteniendo una afinidad con Europa durante el siglo XIX, dice, los estadounidenses "se definieron a sí mismos en oposición a Europa" (p. 46). Esto era en gran medida debido a la distancia geográfica y al aislamiento. Pero la alienación cambió profundamente después que los Estados Unidos entraron a la Guerra mundial antes de 1918. A ello siguió un cambio epocal en la relación. Como escribe Huntington:

Mientras los Estados Unidos del siglo XIX se definían a sí mismos como diferentes y opuestos a Europa, los Estados Unidos del siglo XX se han definido a sí mismos como parte, e incluso los dirigentes, de la entidad mayor, el Occidente, lo que incluye a Europa (p. 46).

Estamos de acuerdo con Huntington que, por el momento y en el futuro visible, los lazos culturales euronorteamericanos son fuertes y deben ser respetados y apreciados de mil maneras.

Traducción del inglés de Hernán G. H. Taboada

¹ Nueva York, Simon & Schuster, 1996.